Obras comprendidas en este Tomo

El bien tardío, dr. 1a. v.
Octubre 1867

(El querer y el rascar)
Con el diablo a cuchilladas, dr. 3a. v.
1854

Sin prueba plena, c. 3a. v.
1857

La calle de la Montera, c. 3a. v.
8 enero 1859

Amor, poder y pelucas, c. 3a. pr. (Arreglo francés)
1855

La oveja descarriada, prov.º 3a. v.
1865

Perdonar nos manda Dios, dr. 3a. v.
1870

Amar por señas, c. 4a. v. (ref. Tirso)
1855

Como se rompen palabras, c. 3a. v.
(Con Cayetano Suricalday) 1852

Las desdichas de un buen mozo, j. 2a. v.
(Con M. Pina Domínguez) 25 enero 1876

C1702

EL BIEN TARDÍO.

SEGUNDA PARTE

DE

EL LOCO DE LA GUARDILLA.

Drama original en un acto y en verso

DE D. NARCISO S. SERRA.

Representado en el teatro de la Zarzuela en Octubre de 1867.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
LIBRERÍA É IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ,
CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚMERO 25.

1876

R/2129

PERSONAJES.	ACTORES.
UNA DAMA.	*Sra. Valverde.*
MAGDALENA.	*Srta. Fernandez.*
MIGUEL.	*Sres. Casañer.*
DON FRANCISCO.	*Morales.*
JOSEF.	*Mario.*
EL CONDE DE LEMOS. . .	*Diez.*

La accion es en Madrid.

Habiendo examinado esta obra dramática en un acto, titulada EL BIEN TARDÍO, segunda parte de EL LOCO DE LA GUARDILLA, no encontramos inconveniente en que se autorice su representacion.

Madrid, 27 de Setiembre de 1867.—*Luis Fernandez Guerra.* — *Manuel Tamayo y Baus.* — *José Jover.*

La propiedad de esta obra pertenece á D. Narciso Serra, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de *Gullon* son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SEÑOR

D. NAZARIO CARRIQUIRI.

Mi querido amigo: A su santa mujer de V. (hoy difunta), doña Raimunda Ceriola, dediqué la primera parte de esta obra; quizá influyó su nombre, impreso en la primera página, al extraordinario resultado que obtuvo; dígnese V. aceptar la dedicatoria de esta segunda parte con su acostumbrada bondad, y Dios quiera que en otra ocasion y con mejor salud pueda ofrecerle obras más dignas de V.

Su leal amigo,

N. Serra.

ACTO ÚNICO.

Casa de Miguel, muy pobre; dos puertas á la izquierda del actor, la de entrada á la derecha en primer término; una mesa y un sillon viejo cerca del proscenio: una jarra.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA Y JOSEF. (Magdalena está cosiendo el ferreruelo de Josef.)

JOSEF. Ya está bien.
MAGD. No, no está bien,
faltan algunas puntadas;
¡pues era pequeño el roto!
Pero por entre la lana
metiendo la aguja, vamos,
no se conocerá nada.
¡Ajajá, parece nueva!
JOSEF. Pues diez años hace en Páscua
que fué nueva; sí, diez años;
¡todavía yo no estaba
en el convento! ¡Qué tiempo
aquel! Reia con gana,
de todo me divertia
y no pensaba en...
MAGD. ¡Caramba!
¿Pues en qué piensas ahora?
JOSEF. En tí pienso, prenda amada,
y pienso... en comer.

MAGD. Y á fé
que apetito no te falta.
Eres alguacil de ronda...
JOSEF. Mucho.
MAGD. Gracias á una carta
que te dió Lope de Vega
para que te colocaran,
andas rondando y corriendo,
y á pretexto de que andas,
hijo, no comes, devoras;
me das entera tu paga,
es verdad, ¿mas de qué sirve?
¡Las cosas están tan caras!
Un real de casa.
JOSEF. Bien, uno.
MAGD. Tres de pan.
JOSEF. ¡Santa Escolástica!
¿Cómo tres reales de pan?
Ni que fuera un tragaldabas.
MAGD. Tres reales ó poco ménos;
piensas en las musarañas,
y distraido, distraido
sueles zamparte una hogaza.
JOSEF. Es verdad que me distraigo
mirándote.
MAGD. ¡Pues es gracia!
JOSEF. Hija, es que...
MAGD. De sobremesa
te prohibo que te distraigas.
JOSEF. Es que como eres tan mona,
como tienes esa cara
tan bonita y tan...
MAGD. ¡Josef!
JOSEF. No me canso de alabarla.
Y pensar que he retardado
dos años, ventura tanta
cual la de llamarte mia,
por ser sacristan, me pasma;
mas como las Madres no
querian que me casara

porque... en fin, porque no quieren
que haya mujeres en casa
sino ellas, y como yo
no tenia, por desgracia,
ninguna colocacion,
hasta que tuve esta ganga
por Félix Lope de Vega,
no pude llevarte al ara;
y lo siento, ahora tendríamos
un muchacho...

MAGD. Josef, calla.

JOSEF. Tan rollizo y tan frescote,
lo mismo que una manzana:
y se llamaria Félix,
por gratitud, que la vara
de alguacil, que desempeño,
se la debo á Félix.

MAGD. (Dándole el ferreruelo.) Anda,
ya está esto listo.

JOSEF. Corriente.
Voy á ver si... Pero calla. (Mirando por la ventana.)
¡Voto va al siete de oros!

MAGD. ¿Eh?

JOSEF. ¡Voto al siete de espadas!
¿Le das tú cuerda?

MAGD. ¡Yo! ¿A quién?

JOSEF. Entónces, ¿por qué se pára
siempre en esa misma esquina
puestos los ojos en casa?
¿Qué ves? (Llevándola á la ventana.)

MAGD. La calle.

JOSEF. ¿Y qué más?

MAGD. Veo la gente que anda.

JOSEF. ¿Y nada más?

MAGD. Nada más.

JOSEF. Pues entónces, no ves nada:
y di, ¿no ves allá abajo,
junto aquel puesto de horchata,
un mancebito?

MAGD. Es verdad.

¡Qué feo es!

JOSEF. ¿Con que su cara
no te gusta?

MAGD. ¿Y á quién gusta
esa especie de botarga?
con esos antojos tan...
¿Y es cojo? ¡Jesus le valga!
Es cojo, no hay más que es cojo.

JOSEF. Pues ya sé yo de la pata
que ese cojea.

MAGD. ¿Qué dices?

JOSEF. Lo que digo, y que no es chanza.
Pues como yo me incomode...
Yo soy igual que una malva
jugando limpio, se entiende;
pero cuando hay entruchada...
Y yo no he de tolerar,
porque no me da la gana,
el que un barbilampiño
se me suba así á las barbas.
Ese te quiere.

MAGD. ¿Me quiere?

JOSEF. Que te ama.

MAGD. ¿Que me ama?
No es posible.

JOSEF. Sí es posible.

MAGD. Si no me ha dicho palabra,
si no le he visto hasta ahora,
ni reparado en su estampa;
y á fé que es linda... ¡Jesus!
Ya que el diablo me llevára,
que fuera por un buen mozo;
pero por un cojo...

JOSEF. Vaya
que sus ojos...

MAGD. Con antojos.

JOSEF. Pero ¿y la voz? Él habla...

MAGD. ¿De dónde lo sabes tú?

JOSEF. De que me ha hablado, y al alma:
¿te acuerdas que hace unos dias

nos hallábamos sin blanca,
y que vendimos un libro
de Miguel?

MAGD. Cierto.

JOSEF. ¿Que estaba
de las notas de su puño
con las márgenes plagadas?
Con el librero de enfrente
estuve charla que charla,
porque me ofreciera más
que cuatro reales... ¡canalla!
— Señor, que el libro es muy bueno.
— El forro no vale nada.
— ¿Pero y las notas? — Las notas
le quitan valor. — ¡Caramba!
¿Quién se atreve á decir eso
de notas que están trazadas
por la mano de Cervántes? —
Y no bien esto exclamaba,
un jovencito aparece
ante mi, la bolsa saca,
la vácia en mi mano, toma
el libro, y contento exclama:
— «Ya es el libro mio, ¡oh gozo!
No tengo más, camarada.» —

MAGD. ¿Y cuánto habia?

JOSEF. Tres pesos.
¿No te acuerdas ya, muchacha?
Yo, como era natural,
le di entónces muchas gracias,
y armamos conversacion.
— ¿Con que vos sois de la casa
de Cervántes? — Sí, señor.
— ¿Y cómo está? — Muy mal anda
de la hidropesía, y
su mujer ahora está mala.
— Y decidme, ¿y una jóven
que tiene muy buena traza... —
Y ésta eres tú, — qué es suya?
— Es, — dije yo, — su cuñada.

— Es hermosa, muy hermosa;
es galana, muy galana;
tan sencilla, tan modesta...
Decidme, ¿cómo se llama?
— Magdalena. — Magdaleno
estoy siendo por su cara. —
Yo puse fea la mia,
y volviéndole la espalda,
le dejé, y desde entónces,
he visto que no se aparta
de la esquina; él no hablará,
pero machaca y machaca.

MAGD. ¿Y bien? Deja que machaque,
ya verás cómo se cansa,
no hablando no perjudica,
aunque tampoco si habla,
porque le contestaré
unas sendas calabazas...
¡Ahora iba yo á dejar
á mi Josef de mi alma
por él!

JOSEF. Huy huy huy, ¡qué rica!
Hijita de mis entrañas.
abrázame; yo no tengo
celos, eres más honrada...
¿Me quieres mucho?

MAGD. Remucho.
¿Y tú á mí?

JOSEF. ¿Yo? ¡Ay, gitana!
¿Cómo no te he de querer,
si eres tan guapa, tan guapa;
y eres tan... tan... tan... tan... tan...?
Ya eché á vuelo las campanas,
no negaré yo haber sido
sacristan.

MAGD. Si lo negaras
harias mal; sacristan
te he querido, y sacristana
quise yo ser.

JOSEF. Vida mia,

no me mires así, vaya,
que me dan unos impulsos
de... Me voy: no será larga
la ronda; no hay más que ir
hasta el Prado. Muchas gracias.

(A Magdalena que le da el sombrero y la vara.)

Adios, adios, alma mia,
y piensa en mí. (Es una alhaja.)

ESCENA II.

MAGDALENA.

¡Pobre Josef! ¡Es tan bueno!
Le quiero con toda el alma.
Y no es feo, no señor,
así... tiene cierta gracia...
¿Quén será el otro? Aunque sea
su alcurnia muy elevada,
le juro que no ha de oir
de mi boca una palabra...
¡El libertino! ¡Atreverse
á las mujeres casadas!
Satisfacer sus antojos,
y que lleve el diablo el alma.

(Da la una en un reloj.)

¡Dios me libre! Ya es la una,
vamos á dar la tisana
á mi hermana, y quiera Dios
que consiga mejorarla!
¡Pobre Catalina! Enferma
y sufrir tan resignada...
Vamos, ¿si se habrá dormido?
Sentiria despertarla.

(Vase por la segunda puerta de la izquierda, llevándose unos cacharros.)

ESCENA III.

DON FRANCISCO.

Encontré la puerta abierta,
empujé, cedió, la abrí,
y no hay más, estoy aquí.
¡Bendita sea la puerta!
Cuando el alguacil dobló
la esquina, me entré yo acá;
subí corriendo, ¿me habrá
visto? Yo creo que no.
No hay remedio: cuanto ántes,
sin que nadie lo sospeche,
es preciso que yo estreche
amistades con Cervantes.
La chica es un buen pretexto:
la haré el amor, y no es fea;
mas séalo ó no lo sea,
á mí ¿qué me importa de esto?
Sírvame de cobertor;
intime yo con Miguel,
que como me quiera él...
Aquí está; ea, valor.

ESCENA IV.

DON FRANCISCO, MAGDALENA.

MAGD. ¡El cojo!...
D. FRAN. No os cause enojo
Hallarme aquí, vida mia.
MAGD. (¿Es el cojo? ¡Qué osadía!!)

D. Fran. Vos no sabeis...
Magd. (¡Ay qué cojo!!)
D. Fran. ¿No sabeis lo que es amar?
Pues os lo voy á decir:
es un eterno sufrir,
es un continuo dudar,
es mirar con vista terca
del sol los claros reflejos;
es tener la dicha léjos,
queriendo tenerla cerca;
es siendo un hombre, tener
dentro del pecho un altar;
es ver para no mirar,
es mirar para no ver;
es un fuego de los buenos,
un padecer infinito,
que cuanto está más escrito,
se entiende ménos y ménos;
es arder á una mirada,
es sufrir con un desvio
mucho calor, mucho frio,
serlo todo, no ser nada,
sentir un empuje rudo,
que cambiando de color,
del mudo hace un hablador,
y del hablador un mudo.
Lo mismo es morir que amar,
y de la vida es la fuente;
no se muere de repente,
esperar... siempre esperar...
Y aquí estoy yo, porque espero
que me querais; no es locura.
Vos sois mi sola ventura,
no vivo sin vos, yo os quiero;
este amor, que me asesina,
no data sólo de ayer,
hace tiempo me hizo ser
tentemozo de esa esquina.
No soy lindo, mas prescindo
en este caso del talle;

si no preferis que estalle,
amadme no siendo lindo.
Y la pena que me aflige
se trocará en alegria,
y bendeciré este dia
de feliz memoria. Dije.

MAGD. ¿Y qué habeis dicho?

D. FRAN. Mi amor.

MAGD. ¿Y por quién?

D. FRAN. Por vos, señora.

MAGD. Pues llegais en mala hora,
en mala hora.

D. FRAN. Mejor.

MAGD. No es posible.

D. FRAN. Es increible
qne tal digais.

MAGD. Es así
como os lo digo.

D. FRAN. Es que á mí
me deleita lo imposible.
¿Vais á ser monja? ¿Os esponja
el hábito? Quite allá;
quien tiene esa cara, ¡ah!
no ha nacido para monja.
Amadme, y considerad
que os idolatro rendido;
mirad, hija, que lo pido
con mucha necesidad.
No soy orgulloso; ántes,
por obviar inconvenientes,
serviré á vuestros parientes,
intimaré con Cervántes:
seré su escribiente, y cuente
que aunque suyo lo seré,
aqui donde ucé me vé,
soy mucho para escribiente.
Miradme: ¿No valgo yo
más que muchos por ahí?
Ea, decidme que si.

MAGD. Os digo que no y que no.

D. Fran. ¡Qué mano! (Queriéndola tomar las manos.)
Magd. Las manos quietas.
D. Fran. Es el ampo de la nieve!
¡y qué pié! ¡Qué pié tan breve!
Magd. ¡Ya escampa, y llueven pesetas!
D. Fran. ¡Y qué boca! Me provoca
tanto esa boca esta vez,
que moriré como el pez,
muriendo por esa boca.
Mi muerte quereis quizás
tener sin duda á costillas;
miradme, pues, de rodillas. (Se arrodilla.)
Josef. ¡Por vida de Barrabás! (Entrando.)

ESCENA V.

Don Francisco, Magdalena, Josef.

Magd. Defiéndeme, Josef. (Pasando á su lado.)
Josef. Sí.
Ya que tan á tiempo llego,
te defenderé y verás
ahora cómo te vengo...
Magd. Este hombre...
Josef. Ese no es un hombre.
D. Fran. ¿Pues qué soy?
Josef. Sois un sujeto
de mala intencion, y así
en nombre del Rey os prendo;
ó soy alguacil de vara,
ó no.
D. Fran. Decidme qué he hecho
para...
Josef. ¿Quereis que os lo diga?
Atentar á los derechos
más sagrados, más...
D. Fran. ¿Por qué?

¿Porque á Magdalena quiero?

JOSEF. ¿Y me lo decís así?

D. FRAN. Como me lo estais oyendo.

JOSEF. ¿A mí? ¡Su marido!

D. FRAN. ¿Cómo?
¿Sois vos su marido? ¿Cierto?

JOSEF. Su marido y alguacil...

D. FRAN. Ya lo comprendo, portero.

JOSEF. No tal, alguacil de ronda;
¿entendeis? Y con un génio...

D. FRAN. ¿Por qué no me lo dijisteis
cuando os pregunté, camueso?
Nos hubiéramos ahorrado...

JOSEF. Tenga á esta vara respeto,
ó si no...

D. FRAN. Con vara y todo
te vas á escapar corriendo
como me enfade.

MAGD. ¡Por Dios!

JOSEF. ¡A mí ese insulto!

MIGUEL. ¿Qué es esto?

ESCENA VI.

DON FRANCISCO, MAGDALENA, JOSEF, MIGUEL.

MIGUEL. ¿A qué vienen esas voces
sin reparar que hay enfermo,
que Catalina está en cama,
y que yo me estoy muriendo?
Agua: gracias, Magdalena.
(Magdalena le da una jarra.)
¡Oh, me consume este fuego!

JOSEF. Es que el señor...

MIGUEL. ¡Ah! Un extraño;
guárdeos Dios.

D. FRAN. Y á vos el cielo.

JOSEF. El señor quiere...
MIGUEL. ¿Qué quiere?
JOSEF. Quiere... lo que yo no quiero;
quiere á mi mujer. (Mirando fijamente á D. Francisco.)
MIGUEL. A tu
mujer, ¿eh?
JOSEF. Ni más ni ménos;
Y si se piensa que yo
he de ser como un cordero,
se engaña mucho, muchísimo:
yo quiero tener y tengo
mi honra completa, y que nadie
me señale con el dedo.
MIGUEL. Muy bien hecho. Magdalena,
da un abrazo al señor.
MAGD. Pero...
MIGUEL. Dále un abrazo, y de mi alma.
JOSEF. Es que yo no lo consiento,
en mis barbas...
MIGUEL. En tus barbas
y en las mias; yo te ofrezco...
MAGD. Pero...
MIGUEL. Abrázale.
(Abrazando á D. Francisco.)
MAGD. Ya está.
MIGUEL. ¡Ajá!
JOSEF. Yo no quiero verlo. (Cerrando los ojos.)
(Miguel toma el pulso á D. Francisco que tiene abrazada á Magdalena.)
MAGD. (¿A qué vendrá ahora pulsarle?
¡Caramba! ¿si estará enfermo?)
MIGUEL. Vos no amais á esa mujer.
D. FRAN. ¡Yo! ¿Qué decís?
MIGUEL. Ni por pienso;
no se ha acelerado el pulso,
os encontrais tan sereno
despues de darla el abrazo
como ántes.
JOSEF. (¡Ah, ya comprendo!!)
MIGUEL. No adivino la razon

de hallaros bajo este techo;
apelo á vuestra hidalguía,
si hidalgo sois.

D. FRAN. Si por cierto;
Con respecto á esa mujer,
no la quiero; esto es, la quiero:
la quiero, sí, como prójima,
pero no la amo.

JOSEF. (¡Ay! ¡me alegro!)

D. FRAN. Con respecto á mi venida
hasta este aposento vuestro,
á vos solo os la diré.

MIGUEL. ¡Oh Dios, me abraso, me quemo!! (Bebiendo.)
Quisiera beber un rio:
dejadme solo un momento. (A Magdalena y Josef.)

MAGD. Vamos. ¿Ves? No me queria.

JOSEF. Sí; pero bueno es saberlo.

MAGD. (No me queria, y ahora
me parece ménos feo.)

ESCENA VII.

MIGUEL, DON FRANCISCO.

MIGUEL. Ya estamos solos; podeis
ahora, sin temor, decir
el motivo de fingir
un amor que no teneis.
Y no os cause mucha pena
haberos yo descubierto,
pues no lograrais por cierto
seducir á Magdalena.
Ladron, ni por soñacion
me figuro que sereis...

D. FRAN. ¿Por qué?

MIGUEL. Porque no teneis
la figura de ladron.

Y hay tan poco que robar
aquí, que seria extraño
que solamente en mi daño
os viniérais á ocupar.
Y no me explico, por Dios,
el motivo por que os veis
bajo este techo.

D. FRAN. Teneis
el mejor motivo en vos.

MIGUEL. ¿En mí?

D. FRAN. En vos, á quien venero,
por quien tengo adoracion,
y buscando una ocasion
para intimar,—dije,—infiero
que es la muchacha en verdad
un buen pretexto; la hago
mi declaracion, y en pago
de ello tendré su amistad.
Yo ignoraba era casada;
quise como novio entrar
en casa que — á no dudar,
dije, — en teniendo la entrada,
Cervántes me estimará
en lo que valgo, porque
á todo me amoldaré,
y al fin mi amigo será. —
No tenia otro camino,
yo desconocido os siendo,
y de ese modo viniendo
como novio...

MIGUEL. Ya adivino;
¿aprovechais la ocasion
de hablarme? Pero á mi ver,
estoy muy léjos de ser
objeto de adoracion.
Yo soy un pobre mortal
que se halla enfermo y lisiado...

D. FRAN. Y debe ser coronado
por un laurel inmortal.
La envidia con su malicia

os postergo, bien está;
algun siglo llegará
en que se os haga justicia,
y alumbrando como soles
vuestras páginas de gloria,
vivireis en la memoria
de todos los españoles.
¿Cuándo podrán esos viles,
que hablan en la sombra oscura,
ni soñar tanta aventura
como contiene el *Persiles?*
En el estilo sencillo,
¿á quién no asombra mirar
cómo supísteis trazar
Rinconete y Cortadillo?
Y aunque sea un Iscariote,
que todo lo ve con ira,
decidme, ¿quién no se admira
con vuestro inmortal *Quijote?*
¡Oh! Miradme por favor
como á un amigo. (Dándole la mano.)

MIGUEL. Sí,
teneis un amigo en mí,
mejor diré un preceptor,
por la edad; porque recelo
por vuestro naciente bozo,
que debeis de ser muy mozo,
y puedo ser vuestro abuelo;
¿qué edad teneis?

D. FRAN. Veinte y seis años.

MIGUEL. ¡La mejor edad!
No sabeis, y es la verdad,
la ventura que teneis.
No debeis ambicionar
llegar á mi edad; morir
es preferible á vivir
bebiendo hasta reventar. (Bebe.)

D. FRAN. Diera mis años mejores
por vuestro saber.

MIGUEL. Haríais
muy mal, que con él tendríais
muchísimos sinsabores.
Si ni aun vale que comer
el saber en esta tierra,
con tanto ignorante en guerra,
¿de qué me sirve el saber?
D. FRAN. La gloria.
MIGUEL. Eso la historia
es quien lo ha de decir; ¡cierto,
la gloria! Y despues de muerto,
¿qué se me importa la gloria?
Aquí para entre los dos,
la de la tierra se gasta,
y al que está muerto le basta
con la gloria que da Dios.
¿Qué se me da á mí si aquí
sufro pena verdadera,
el que en la edad venidera
se hagan lenguas de mí?
Mi cuerpo no sentirá
nada, descansará en calma;
pero mi alma... mi alma,
¿qué pensais que ganará
con una disertacion,
que produce un hombre pio,
diciendo un elogio mio
en lugar de una oracion?
En la tierra, bien está
miéntras se vive; presumo
que la humana gloria es humo,
y se evapora y se va.
D. FRAN. Por más que tengais razon,
no encuentro cosa ilusoria
el que á la voz de la gloria
lata vuestro corazon.
Yo no sé si la obtendré...
MIGUEL. ¿Vos obtenerla? ¿Escribis?
D. FRAN. Un poco.
MIGUEL. ¿Y no lo decis?

Pues yo os aconsejaré;
que aunque daros un consejo
no pueda, por suficiencia,
al cabo tengo experiencia,
que de algo vale ser viejo.

D. FRAN. Tengo un romance...

MIGUEL. ¡Poeta
sois! Si lo sois en verdad,
no hay mayor felicidad,
no hay ventura más completa
como la de hacer sentir
lo que se siente, y pensar
lo que se piensa, y llorar,
ó si se quiere, reir.
¡Oh! Yo ni por soñacion
lo soy, ¡ojalá lo fuera!
Esta envidia no sintiera
por todos los que lo son.
Veamos el romance.

D. FRAN. Arisco
es.

MIGUEL. No importa.

D. FRAN. «A un ojo tuerto.»

MIGUEL. Es buen asunto por cierto.

(Leyendo y dándole el papel.)

Romance por don Francisco...
Leedlo, vos le dareis
más entonacion, más vida,
y leereis de corrida.

D. FRAN. Allá va, pues lo quereis:
mas me pondré los antojos
que sin antojos no veo;
perdonadme si estoy feo,
y echad la culpa á mis ojos.

(Se pone los anteojos y lee.)

«Digo y no digo en vano,
ojo huero, que vales más que el sano.
¡Ay ojo! ojo de mi vida,
ojo dichoso en extremo;
pues cuando estás *entre nubes*,

señal que estás en el cielo.
Tú por no mirar al mundo
te estás mirando por dentro;
ojo que te hallas sin niña,
es decir, ojo honesto,
que quien con las niñas vive
claro es que no puede serlo.
Digo, y no digo en vano,
ojo huero, que vales más que el sano.
Tú no te dilatas nunca
pasando junto á un objeto,
ni te encandilas mirando
las muchachas de buen pelo.
En lugar de brotar chispas
como hace tu compañero,
tú estás impasible y frio;
él es lumbre y tú eres hielo.
Tuerto te llaman las gentes,
y no es verdad, no eres tuerto,
ellos serán los torcidos,
en obras y pensamientos;
tú les puedes dar lecciones
en eso de andar derecho.
Con mil nombres te se llama;
ojo salton, ojo seco,
ojo reventon, ojete,
ojo nublado, ojo tuerto,
ojo de rana, ojo cuco,
ojo fallido, ojo huero,
ojo de... espalda, ojancon,
ojo zaino, ojo cermeño,
todos dicen ojo *tal*,
y nadie dice ojo *bueno*.
Y eres bueno, ¡voto al sol!
Porque al sol, cuando está ardiendo,
tú te le pones de frente,
y no te obliga á hacer gestos.
Este romance te endilgo,
ojo así, porque te quiero,
y comparado con otros

eres mucho más que ellos.
Digo, y no digo en vano,
ojo huero, que vales más que el sano.»

MIGUEL. Muy bien, me gusta el romance:
sois poeta, teneis talento,
mas prometí aconsejaros,
y allá va pues el consejo.
Procurad no ser difuso,
imitando los rodeos
de Luis de Góngora; vale
mucho, muchísimo, pero
tantas vueltas da en sus giros,
que no se comprende él mesmo.
Leed á Lope, imitadle,
y hallareis, yo os lo prometo,
la gloria que ambicionais
de vuestro trabajo en premio.

D. FRAN. Gracias; oir de vuestra boca
elogio tan lisonjero,
es mi corona mejor.
Vos me infundís nuevo aliento;
ahora podré concluir
un atrevido proyecto
en prosa; vos juzgareis:
son *cartas del Caballero*
de la Tenaza, y en ellas
doy cada palo de ciego...
Las traeré... ¿Permitireis
que vuelva?

MIGUEL. Me holgaré de ello.
¿Magdalena?

ESCENA VIII.

MIGUEL, DON FRANCISCO, MAGDALENA, JOSEF.

MAGD. ¿Qué mandais?

MIGUEL. Al señor, que ya no es vuestro

amante, y que sí es mi amigo...

D. FRAN. Y su amigo verdadero.

MIGUEL. Reconocereis...

MAGD. Muy bien.

MIGUEL. Siempre mi cuarto esté abierto
para él.

MAGD. Muy bien.

D. FRAN. Y sabed,
que como amante no os quiero,
mas como hombre y como amigo,
en cuanto valga me ofrezco.
Adios, Cervántes, yo voy
por mis papeles y vuelvo.
Adios... tú...

JOSEF. Josef.

D. FRAN. Josef;
y mírame sin recelo.

ESCENA IX.

MIGUEL, MAGDALENA, JOSEF.

JOSEF. Sin ningun recelo; yo
tambien me marcho corriendo
á Palacio.

MAGD. ¿A Palacio?
Te has hecho tan palaciego...

JOSEF. Hija, es preciso, porque
como Miguel está enfermo,
no puede ir por sí mismo;
ademas de que su genio
no es para Palacio; vamos,
no es para estarse allí oyendo...
Con todo, como consiga
el que le den un gobierno
en Indias...

MIGUEL. No espero nada,

tengo allí mi hermano muerto,
¡mi pobre Andrés! Sin embargo,
fuera gustoso en extremo
á esos climas, por salir
de la estrechez que padezco.
¿Pero quién apoya mi
solicitud? Yo no tengo
favor con el Rey, y con
sus privados mucho ménos.

JOSEF. Sin embargo, es menester
no dormirse, no estar quietos;
porque si salta la cosa...
Ea, adios: en un momento
me llego á Palacio y torno
con la respuesta; hasta luégo.

ESCENA X.

MIGUEL, MAGDALENA.

MAGD. ¡Pobre Josef! El no tiene
una pizca de talento,
pero lo que es piernas...

MIGUEL. Sí.
El es tan bueno y tan bueno,
que hasta el pan que tiene parte
conmigo.

MAGD. No digas eso.

MIGUEL. ¿Por qué no, si cierto es?

MAGD. Pues bien, aunque sea cierto,
¿á quién debe él ese pan?
Tú le distes el empleo...

MIGUEL. Y como él le desempeña,
y yo no lo desempeño,
claro que es suyo, y no mio. (Bebe.)

MAGD. ¡Otra vez!

MIGUEL. ¡Qué sed que tengo!

Un rio me fuera poco.

MAGD. Pues no puede hacer provecho
beber tanta agua; así sudas,
y de tus sudores tiemblo.

MIGUEL. ¿Cómo se halla Catalina?

MAGD. Mejor, ahora está durmiendo.

MIGUEL. ¡Qué buena eres, Magdalena!
Bregando con dos enfermos...
porque yo lo estoy, y mucho;
tengo... no sé lo que tengo,
siento unas congojas... ¡Ay!
me parece que me muero.
Agua, más agua, esta sed (Bebe.)
me devora, es mi tormento.

MAGD. Pues ya no hay más, se acabó.
(Quitándole la jarra.)

MIGUEL. Pero...

MAGD. Me la llevo adentro;
no quiero que bebas más,
y te pongas peor luégo.

MIGUEL. Oye, Magdalena...

MAGD. Nada. (Vase.)

ESCENA XI.

MIGUEL.

Ella lo hace por mi bien,
lo comprendo; mas me abrasa
las entrañas esta sed.
Al fin tengo á Magdalena,
ya que no tengo á Isabel,
mi hija, que me cuide; sí,
en el convento está bien.
Puede allí rezar tranquila,
y allí... tendrá que comer.

ESCENA XII.

MIGUEL, MAGDALENA.

MAGD. Miguel, aqui hay una dama
que quiere hablarte.
MIGUEL. ¿Quién es?
MAGD. No ha pronunciado su nombre,
ni siquiera se la ve
la punta de la nariz
por entre el manto.
MIGUEL. Está bien,
no la detengas; que pase.
MAGD. Bien está. (Vase.)
MIGUEL. ¿Quién podrá ser?

ESCENA XIII.

MIGUEL, MAGDALENA, UNA DAMA.

MAGD. Pasad.
DAMA. Gracias.
MIGUEL. ¡Esa voz!...
Es ella... ¡Dios de Israel! (La Dama se descubre.)
¡Es ella! ¡Cómo al mirarla
tan hermosa, siento arder
con el calor juvenil
la nieve de la vejez!
¿A quién buscas, di? ¿Qué quieres?
DAMA. ¿A quién busco? A tí, Miguel.
¿Que qué quiero? Una ventura
casi inefable, un placer

inextinguible, una dicha
que más que la dicha es.
Busco á mi hija... á nuestra hija.
¿No te acuerdas?

MIGUEL. Sí; ¿podré
olvidarme miéntras viva
del dichoso tiempo en
que hasta el sol me sonreia,
y huyó para no volver?
Tú eras una niña entónces
y yo maduro doncel;
mas nos amábamos tanto,
que era la tierra un Eden.
¡Hermosos y alegres dias!
¿Por qué pasásteis? ¿Por qué
lucísteis? ¡Llevando siempre
la esperanza y el placer!
¡Ay, pasaron!

DAMA. ¡Si, pasaron!
Pero nos queda de aquel
tiempo una tierna memoria,
y ella es el colmo del bien.
¡Qué hermosa estará, y qué alta!
¡Y cómo me va á querer
ahora que puedo pasar
la vida á su lado! ¿Quién
ha de impedirmelo? Nadie;
yo hacer su dicha sabré.
¡Hija, hija mia, hija mia!
¡Ah! Tan dulce nombre es
la dicha para una madre.
Pero ¿qué haces, Miguel?
¿Por qué no la llamas y
viene aquí?

MIGUEL. No puede ser:
no está en casa.

DAMA. ¡Oh, Dios mio!
Es imposible: la habré
perdido? Muerta...

MIGUEL. No muerta;

pero...

DAMA. ¿Enferma tal vez?

MIGUEL. Ni enferma; pero la guardan
rejas á cuyo dintel
todo cristiano se humilla,
doblando humilde la sien.
Está en un convento.

DAMA. ¿En un
convento?

MIGUEL. Sí, sí, porque
más recurso no tenia
en el mundo; óyeme bien.
Dios solo sabe el trabajo
con que su dote junté;
mas al fin vendiendo unas
alhajas de mi mujer,
pude reunirle, y entónces
libremente respiré.
El mundo me la asesina,
en huir del mundo hace bien.
Al separarme de ella,
Dios sabe lo que lloré;
ella no endulza las penas
que rodean mi vejez,
pero rezará por mí,
por tí rezará tambien,
y la herida de su alma
cicatrizará Dios.

DAMA. ¿Qué?

MIGUEL. Esa pobre niña amó
como se suele querer
á su edad, con alma y vida,
y su amor...

DAMA. ¿Acaso él
era indigno?

MIGUEL. Era un villano.

DAMA. ¿Y tú?...

MIGUEL. ¿Yo? Yo le maté.

DAMA. ¡Ah!

MIGUEL. Es una historia horrible.

DAMA. Habla, la quiero saber.
MIGUEL. Estudiante en Alcalá
era, y á la par poeta,
y don Gaspar de Ezpeleta
tambien estudiante allá.
El diablo que la enredó,
en lugar de una amistad
trabó una rivalidad
entre don Gaspar y yo;
pues yo con afan cruel
á los libros me aplicaba,
y los premios que ganaba
siempre se llevaba él.
A no haber esto, cariño
le tuviera, no te asombre,
que yo era casi un hombre,
y él era casi un niño.
Mas cada año al acabar
toda mi sangre se ardia,
cuando por mi mal veia
siempre premiado á Gaspar.
Y aunque jamas me llegó
en saber, ¡esto es cruel!
siempre iba delante él,
nunca iba delante yo.
Yo por mi parte confieso,
que era más rico y más noble;
pero sabiendo yo doble,
¿qué tenia que ver eso?
Pasaba el tiempo entre tanto,
el aula dejé y la lira,
y hácia el Turco ardiendo en ira,
me embarqué para Lepanto.
Allí de nuevo le ví
lucir su traje bordado:
él, capitan; yo, soldado;
¡siempre él delante de mí!
Lidiamos, él salió ileso;
en cambio, yo en este brazo
(Señala el izquierdo.)

recibí un arcabuzazo
que me penetró hasta el hueso.
Terminada ya la lid,
concluido mi cautiverio
en Argel, con gran misterio
vivia en Valladolid;
que tenia una hija pura,
pero nacida en pecado,
y hasta me está vedado
gloriarme de su hermosura.
Pero como un insensato
en su hermosura gozaba,
la miraba y la adoraba:
¡Ay, es tu vivo retrato!
Pasábase el tiempo así,
y una noche, ¡noche horrible!
un suspiro imperceptible
sono muy cerca de mí;
á una rendija llegué,
y por desventura mia
oí que Isabel decia:
«Yo nunca te olvidaré.»
No me pude refrenar,
abandoné la rendija,
y ví á Isabel, á mi hija,
en brazos de don Gaspar.
Lo que dijeron no sé;
estaba el balcon abierto,
yo poniéndome á cubierto,
cerrandole, repliqué;
—¿Entrásteis por el balcon?
Si Isabel os ha agradado
pidiéraisla como honrado,
no la hurtarais cual ladron. —
Isabel se echó á llorar;
él, mirándome muy fijo,
—¿para qué pedirla, dijo,
cuando la puedo tomar?
No tengo la culpa yo,
si vuestra hija me ha amado;

justo es que viva en pecado,
quien en pecado nació. —
— Mátale, padre, — exclamaba
Isabel con sordo acento: —
Él falta á su juramento,
él decia que me amaba.
Un dia me lo juró
ante el Cristo de la Luz;
pues reniega de su cruz,
que muera ya que mintió. —
Yo dije al verle perplejo:
— Reñid, ó el alma os arranco. —
Él dijo: — Sois viejo y manco. —
— No importa, — dije, — lo viejo;
que mi razon es muy alta
y tengo el brazo derecho
para heriros en el pecho,
ya que el izquierdo me falta. —
Y sin duda estaba escrito:
reñimos, se vino á mí,
hurté el cuerpo, me tendí,
y cayó sin dar un grito.
Hierro á hierro y cara á cara
le maté; mas ¡vive Dios!
Que temí que entre los dos
á él la suerte se inclinara;
y saco por deduccion
una sola cosa, que
yo le maté, y le maté
porque tenia razon.
Cuando se supo el suceso,
algunos me delataron;
un proceso me formaron,
y salí bien del proceso.
Por pretensiones extrañas
vine á Madrid á vivir;
pero veia sufrir
á la hija de mis entrañas,
y muchas veces la oí
en su padecer profundo:

—Padre, estoy mal en el mundo:
el mundo no es para mí.—
En el convento está bien:
allí reza, allí medita,
y aunque el convento me quita,
con su presencia, un Eden,
al ménos, tengo por cierto
que en las monjas Trinitarias
eleva á Dios sus plegarias
por el matador y el muerto.

DAMA. No pedirá sola á Dios
la hija de mi alma; allí
no pedirá sola, si,
allí estaremos las dos.

MIGUEL. ¿Qué, tú tambien vas á entrar
monja?

DAMA. Quiero cuando muera
tenerla á mi cabecera
como un ángel tutelar.
Rompió enfermedad aguda
el lazo matrimonial,
ocasion de nuestro mal;
ahora soy libre y soy viuda:
mi única idea fija
desde el punto que enviudé,
dejar á Portugal fué
para vivir con mi hija.
Tú te casaste á tu vez
despues que á mí me casaron;
parientes que me quedaron
no cuidarán mi vejez.
Mi hija en un convento está,
el camino me ha trazado;
á él me iré, y de su lado
nadie me separará.

MIGUEL. Adios: al entrar allí
no preguntes quién es ella;
en lo gallarda y lo bella
es tan parecida á tí,
que si en otra cara ves

tu hermosa cara de un dia,
¡hija del alma, hija mia!
dí abrazándola: « Esta es.»

DAMA. ¿Me amará?

MIGUEL. ¿No te ha de amar;
si eres un ángel del cielo
que vino torciendo el vuelo
sobre la tierra á parar?

DAMA. Sí, la veré, la veré;
voy de esa ventura en pos;
adios.

MIGUEL. ¡Ay, adios!

DAMA. Adios.

MIGUEL. Reza por mí.

DAMA. Rezaré.

ESCENA XIV.

MIGUEL.

¡Angel puro de mi amor,
perdona si con mi aliento
enturbiar pude un momento
el cristal de tu esplendor!
Si no me guardas rencor,
es que Dios me ha perdonado,
y puedo de ese pecado
encontrar la expiacion.
¡Lágrimas del corazon
para borrarle he llorado!

ESCENA XV.

MIGUEL, JOSEF, á poco MAGDALENA.

JOSEF. ¡Victoria!

MIGUEL. ¿Cómo...

JOSEF. ¡Victoria!

MIGUEL. Pero...
JOSEF. Eres gobernador.
¡Magdalena! (Llamando.)
MAGD. ¿Qué hay, señor?
JOSEF. Sabe que Miguel, ¡oh gloria!
es gobernador.
MAGD. ¿Sí?
JOSEF. Sí,
de Indias, el Rey le nombró...
MIGUEL. ¿Y quién lo asegura...?
JOSEF. Yo.
MIGUEL. ¿Y quién te asegura á ti...?
JOSEF. Escúchame: muy despacio,
recostado en un sillon,
estábase un señoron,
que es no sé qué de Palacio;
la gente le preguntaba,
y él respondia á la gente.
¡Gran Dios! ¡Cuánto pretendiente
al pobre le importunaba!
Cuando mi turno llegó
(estaba el décimocuarto,
y ya de esperar muy harto,)
aquel hombre me miró.
¡Vaya una cara de piedra!
Me dijo: — ¿Qué quiere ucé?
— Una solicitud de
Miguel Cervántes Saavedra...
— ¿Sois vos él? — Vivo con él.
— Ya comprendo, esa fachada
no tiene traza de nada;
claro es que no sois Miguel.
Pues su pretension está
lograda; y ¡voto al Eterno!
tiene en Indias un gobierno,
que honra y provecho dará.
Lemos le recomendó
al Rey, y por su eficacia
se ha concedido la gracia.
— ¡Lemos! ¡Lemos! — Dije yo. —

Lemos, el conde de Lemos,
el conde de Lemos... ¡Tate!
Lemos es aquel magnate
á quien favores debemos.
— Mas la credencial no está
en nuestra casa, de fijo.
— Eso no importa, — me dijo. —
Lemos se la llevará.
Podeis darle las albricias. —
No bien lo dijo, *laus Deo*,
corrí para ser correo
de tan alegres noticias.

MIGUEL. ¡Lemos, Lemos tal favor!
¡Oh, me parece increible!

JOSEF. Pues ello es más que posible;
Lemos es tu admirador,
y creyendo en tu talento,
te da ese gobierno.

MIGUEL. ¡Ah! (Cayendo en el sillon.)

JOSEF. Mas ¿qué tienes? ¿Qué te da?

MIGUEL. Siento... no sé lo que siento.

MAGD. ¿Qué sientes?

MIGUEL. Aqui una fragua,
que el pecho me parte en dos...
¡Agua...! ¡Por amor de Dios,
agua...! ¡Un poco de agua...!

JOSEF. Nada de agua, te pondrá
peor; ¡qué descolorido!
Miguel... se ha desvanecido,
Miguel... Miguel... ¡voto va!
Miguel...

MIGUEL. ¿Quién es?

JOSEF. Vuelve en ti,
soy Josef, ¿no me conoces?

MIGUEL. Tengo dolores atroces.

JOSEF. ¿Me conoces ya?

MIGUEL. Sí, sí.
Agua...

MAGD. Ya vuelve el sudor, (Limpiándole.)
¡y es frio!

JOSEF. Apóyate en mí
y vente á la cama, allí
estarás mucho mejor,
y en cuanto el gobierno salga,
mitigarás esa pena.
Ayuda tú, Magdalena,
de ese lado.

MIGUEL. ¡Dios me valga!!

ESCENA XVI.

DON FRANCISCO, con unos papeles.

Veamos qué le parecen
mis *Cartas al Caballero*
de la Tenaza; eso sí,
el pensamiento es muy bueno;
pero el estilo... el estilo
temo que sea incorrecto,
y yo no sé corregir
las cosas; en no saliendo
de primera intencion buenas,
por no tocarlas las dejo.
En fin, Cervántes verá...

MAGD. ¡Ay!! ¡Ay!! (Dentro.)

D. FRAN. ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

ESCENA XVII.

DON FRANCISCO, MAGDALENA, JOSEF.

MAGD. ¡Ay desgraciada de mí!!

JOSEF. Cállate, no alborotemos
la vecindad; su mujer
tal vez nos estará oyendo...
¡Su mujer!! ¿Y quién la da
ahora este trago tan negro?
¡Y á su hija!! Vamos, yo no

aporto por el convento:
¡pobre Cervántes!!

D. FRAN. ¿Cervántes?
¿Qué le ha sucedido?

MAGD. Ha muerto.

D. FRAN. ¿Muerto? ¿Es posible?

JOSEF. Sin duda;
le llevábamos al lecho,
y no bien se tendió, cuando
le dió un calofrío horrendo,
torció la cabeza y... pues...
exhaló el último aliento.

ESCENA XVIII.

DON FRANCISCO, MAGDALENA, JOSEF, EL CONDE DE LEMOS.

CONDE. Miguel de Cervántes...

JOSEF. ¿Quién
sois vos?

CONDE. El conde Lemos,
y le traigo... (Enseñando un pliego.)

MAGD. Llegais tarde.

CONDE. ¿Tarde? ¿Cómo?

MAGD. Ha muerto.

JOSEF. Cierto.

CONDE. ¡Infeliz! Ha muerto... ¡Ah! Ya
de nada le sirve esto. (Rompe el pliego.)
¡Un bien ha sido tardío
el mio, y harto lo siento!
Dios le dé la gloria. Dios
os guarde.

JOSEF. Guárdeos el cielo.

ESCENA XIX.

DON FRANCISCO, MAGDALENA, JOSEF.

D. FRAN. ¿Qué papel es este? ¡Oiga!
(Cogiendo un pedazo de papel roto.)

¡El sello del ministerio!...

JOSEF. Sí, le nombraban ahí
gobernador...

D. FRAN. ¡A buen tiempo!

JOSEF. En Indias.

D. FRAN. ¿En Indias? Vamos,
no podia ser más léjos.
¡Infeliz! Me avisareis;
á su entierro, por lo ménos,
quiero asistir.

MAGD. ¡Esa es otra!
Ni tan siquiera tenemos...
Y como no nos lo entierren
de limosna...

JOSEF. Sí lo creo;
por mis relaciones, yo
conozco al sepulturero;
como he sido sacristan
de las monjas tanto tiempo...
creo que sí.

MAGD. ¡Ocho reales! (Sacándolos.)
Este es todo el caudal nuestro.

D. FRAN. Bolsa de estudiante es, (Dándole una bolsa.)
casi con rubor la ofrezco,
más tal y conforme, ahí va.

MAGD. Y vos pagareis su entierro,
que es la mayor caridad
que podeis hacerle; el cielo
os lo premiará, señor.

JOSEF. ¿Vuestro nombre, caballero...?

MAGD. Sí, decidnos vuestro nombre.

D. FRAN. Don Francisco de Quevedo. (Ya en la puerta.)

FIN.